

III

LA INDIA.

Capítulo especial.

IV

LOS ROMANOS.

Desde los tiempos primitivos hasta la extincion del imperio en Occidente.

En derredor de Egipto, Asyria y Persia gira la historia de las diversas fracciones de la familia semítica, como la caldea, la israelita, la fenicia, etc., cuyo interes es capital. Desde que el imperio persa entra en lucha con los griegos, toman éstos el primer rango en la historia, lo mismo que lo toman los romanos desde que se consuma la ruina de Cartago. Estos hechos justifican la distribucion de nuestro libro.

México, 1878.

HISTORIA DE LA ANTIGUEDAD

LOS ORIGENES

La ciencia de la historia consiste en la investigacion de los hechos humanos que se han sucedido en el curso de los siglos y de las leyes generales que nos rigen.

La historia es una de las ciencias sociológicas en vía de formacion. La mision principal del historiador es averiguar la rigurosa exactitud de un hecho, en lo posible, sin otro fin ni otro propósito que el de hallar la verdad. Esta es el carácter de la crítica moderna y del método científico. Pero para construir el edificio de la ciencia, es indispensable la investigacion constante de las causas de los hechos, es decir, buscar cuales sean los hechos generales que comprendan las relaciones de los fenómenos entre sí. Esta es en llegando á ciertas generalizaciones superiores, lo que se halla llamado, filosofía de las ciencias, inseparable de las ciencias mismas.

En la historia estas generalizaciones superiores pueden reducirse á la ley del progreso y á la de la evolucion, que es más comprensiva, pero que no tenemos lugar de explicar aquí.

La creacion. Las hipótesis científicas sobre el origen del universo, que respetables conocedores creen conciliables con el Génesis, deben principal-

mente á Kant, á Herschell y, sobre todo, á Laplace. Segun ellos, en un momento de la duracion infinitamente lejano de nosotros, todo el universo era un caos gaseoso, en que estaban confundidos todos los materiales que existen hoy en la tierra y en los astros, á un grado extraordinariamente alto de temperatura.—El movimiento existía ya.—La rotacion de aquella masa infinita, dió lugar á la formacion de grupos que fueron concentrándose, individuándose, segun una expresion de la escuela evolucionista. Se formaron así los sistemas de astros; tal fué el origen de nuestro sistema solar.—El núcleo de nuestra gran nebulosa cósmica (el sol actual), animado del movimiento inicial, siguió girando en torno de su centro de atraccion perdido en el infinito y empezó el de rotacion sobre sí mismo, en virtud de una ley mecánica; esto dió origen á una serie de disgregaciones en la masa nebular, se formaron anillos que marcaban la órbita futura de los planetas, y en torno de estas porciones que á su vez se iban condensando, se formaron los satélites. ¿Los grandes anillos cósmicos de Saturno, nos presentan un ejemplar de satélites en vía de formacion? Quedaron, pues, encañados los satélites á los planetas,

éstos al sol, el sol á otro sol, y así sucesivamente en una serie inimaginable de movimientos. La condensacion, con desprendimiento de calor, hizo incandescentes aquellas mismas esferas gíatorias; la irradiacion del calor aumentó la condensacion, y en cada uno de aquellos cuerpos empezó á formarse una costra sólida.

Vengamos á la tierra. La costra sólida, siguiendo en virtud de la ley de gravitacion al núcleo incandescente de nuestro planeta en su movimiento creciente de condensacion y reduccion, se cubrió de grietas por donde la sustancia central brotaba, solidificándose á su vez; se fué así consolidando la costra terráquea. El enfriamiento continuó hasta el punto en que ciertas materias en suspension en la atmósfera pudieron pasar al estado líquido. Empezaron las lluvias seculares y los sedimentos aglomerados sobre la superficie del globo fueron engrosando la periferia terrestre. Los periodos geológicos habian comenzado: cada uno de ellos está caracterizado por los terrenos que lo forman y los animales y las plantas que los cubren (hoy fósiles). Como estas especies han desaparecido casi, en su totalidad el gran naturalista Cuvier quiso explicar este hecho por medio de grandes revoluciones periódicas que aniquilaban una serie de la creacion para empezar otra; doctrina que ha desaparecido gracias á los estudios de Lyell. Este sabio demostró que las mismas causas hoy en accion en la tierra, han podido ir produciendo todos los cambios que registra la Geología en una incalculable serie de años. Estos periodos se dividen así: PRIMERO CICLO.—Edad arqueolítica primordial.—De los acranianos y de las algas.—Periodos laurenciano, cambriano y siluriano.—SEGUNDO CICLO.—Edad paleolítica, primaria.—De los peces y de los helechós.

—Periodos devoniano, carbonífero y permiano.—TERCER CICLO.—Edad mesolítica, secundaria.—De los reptiles y de las coníferas. Periodos triásico, jurásico y cretáceo.—CUARTO CICLO.—Edad cenolítica, terciaria.—De los mamíferos y árboles de hojas caducas.—Periodos eoceno, mioceno y plioceno.—QUINTO CICLO.—Edad antropolítica, cuaternaria.—De los hombres y árboles cultivados.—Periodos glaciario, postglaciario, de la civilizacion.

La vida.—El hombre.—Existe una teoría que pretende explicar el origen de la vida por la simple trasformacion de los elementos fisico-químicos en un organismo rudimental de donde provinieron las largísimas series del mundo vegetal y animal.—Sabios de primer orden rechazan aún esta teoría, combatida hasta hoy victoriosamente en el campo de la experimentacion con los capitales trabajos de Pasteur, Tyndal y otros que han demostrado que aun no se ha presentado á la consideracion de los sabios un verdadero caso de generacion espontánea.

Darwin y sus discípulos sostienen que la explicacion científica del origen del hombre, estriba en lo que se llama la trasformacion de las especies; supone, que unas especies simples se han ido trasformando en otras mas complejas, en virtud de la *seleccion natural*, que consiste en que los individuos más aptos han ido sobreviviendo á los menos aptos, en la *lucha por la existencia*, y de la union de los mejores han nacido seres á quienes por la *herencia* se han transmitido las cualidades de los padres, cualidades que han tendido sin cesar á *adaptarse al medio ambiente*. Partiendo de estas bases, los darwinistas se han creído autorizados para afirmar, á pesar de las protestas de muchos hombres de ciencia, que el hombre y el orangutang descienden de un padre comun.

El lenguaje.—Este es el signo característico del hombre.—Algun sabio ha definido al hombre: un animal que habla. ¿Cómo nació el lenguaje? Nada puede asegurarse.—El eminente Max Müller ha fijado, sin embargo, los caracteres distintivos de las etapas recorridas por el lenguaje en su desarrollo.—El lenguaje, dice, se divide en emocional y racional. El emocional es comun al hombre primitivo, al niño, al salvaje y al animal.—Es el sonido que produce nuestra lengua cuando percimos un objeto en bruto. El racional es propio esclusivamente del hombre: proviene de un concepto general, que en virtud de nuestra facultad de abstraer, nos formamos de una cosa.

¿Cómo se pasó del grito animal al concepto? Por regla general las raíces, elemento persistente de las lenguas, nada nos dicen de esta interesante historia. Sin embargo, el origen de las palabras está evidentemente en las interjecciones é imitaciones. Para decir *carnero*, el hombre pudo pronunciar *bé*; *vaca*, *má*. Un rebaño de vacas y carneros pudo llamarse *mubé*; pero cuando se quiso hablar de rebaño en general, de cualquiera especie de animales, para no seguir agregando á su frase un número de palabras igual al de todos los animales que pueden reunirse en rebaños, debió el hombre operar una condensacion de los sonidos primordiales en la que estos perdieron todo carácter especial. (Müller apoya esta idea con ejemplos tomados principalmente del sanscrito.) Así se formaron las raíces.

Los idiomas racionales recorren indefectiblemente tres etapas para llegar al grado de perfeccion alcanzado hasta hoy. La primera es la *época de las raíces*, en que cada raíz conserva su independencia.—Ejemplo, el chino antiguo.

La segunda es la *época de las terminaciones*, en que reunidas dos raíces para formar una palabra, la primera guarda su independencia y la segunda se reduce al simple papel de terminacion. Estas lenguas, de que las llamadas turánicas son un ejemplo, se llaman *aglutinativas*.—El tercer periodo es el de las flexiones, en que las raíces se alteran mutuamente como sucede en las lenguas arya y semítica. Algunas de las grandes lenguas americanas como, v. g. el *nahual*, marcan una transicion entre el segundo y el tercer periodo; un sábio filólogo mexicano las ha llamado de semi-flexion. (Pimentel.)

El hombre primitivo.—La Geología ha alejado los primeros rudimentos de las sociedades humanas. En los terrenos diluvianos ha encontrado las huellas del hombre, y aún al hombre mismo en un esqueleto fósil. En su cráneo dominan los lineamientos deprimidos de la bestialidad. El hércules brutal de las primeras edades, en su afán de precaverse de la intemperie, se abrigó en las cavernas para defenderse contra las fieras ó para buscar el alimento necesario á sus enormes necesidades animales. Avanzó un grado su evolucion cerebral, y el hombre se fabricó armas de piedra (*Edad de la piedra tallada*). El descubrimiento del modo de fuego fué obtener el origen de nuevas ideas; los animales se alejaban, los alimentos fueron más agradables, el calor de la hoguera atrajo en su derredor á los que unidos por el temor se unian ahora en el placer. El hombre pudo descansar de la lucha; tuvo momentos de ocio, despues de llegar á su choza cargado con el botin de la caza, con los despojos del reno, que recorria por entónces la Europa central en rebaños inmensos. La primera chispa del sentimiento estético

brotó en su inteligencia, labró con su tosca piedra el cuerno del reno, y pulió sus armas de sílex. (*Edad de la piedra pulida.*) Desde aquellos lejanísimos días, el hombre convierte las cavernas en necrópolis, allí coloca á sus parientes muertos, celebra en su honor banquetes funerarios, y en el dolor de aquella ausencia eterna resuenan los primeros vaguidos de la poesía y se delinean los primeros fundamentos de la religión y de la familia.

Las playas de los mares del Norte, las orillas de los ríos y la superficie de los lagos, fueron cubiertas de cabinas de pescadores, cuyos restos se encuentran todavía en los lagos suizos que estaban cubiertos de habitaciones fabricadas sobre estacas (*palafitas.*)

La fauna y la flora que el hombre había tenido por compañeras en sus primeros siglos de vida, iban muriendo por partes ó concentrándose hacia la zona ecuatorial. Sin el fuego, la especie humana habría quizá perecido en los grandes fríos de los períodos glaciales; pero sobrevivió á ellos, y después de muchos siglos, sin duda, la fusión de metales arrancados á las entrañas de la tierra, le proporcionó sus armas y sus adornos de bronce. Pudo decirse entonces que la civilización había nacido. El hombre se rodeó de animales domésticos, y la vida pastoral comenzó.

En la aurora de la historia, los pueblos de las grandes razas aryas y semíticas viven bajo el régimen patriarcal. ¿Es, pues, evidente, que este régimen es el primitivo? El patriarcal anuncia, según la opinión de muchos sábios, el punto final de un larguísimo período evolutivo durante el cual se constituyó la familia; apoyados en las costumbres de algunas hordas salvajes actuales y en el testimonio de narradores como Herodoto y Strabon, afirman que el primer estado de la horda humana,

estado puramente zoológico, fué el de la promiscuidad. En estas masas primitivas no se conocía la paternidad individual; todos los padres y las madres de la horda lo eran de cada uno de los hijos. Poco á poco el género humano se va organizando por grupos. La noción de la paternidad individual surge entonces; más en la incertidumbre completa respecto del padre, la familia se agrupa en derredor de la madre y de los parientes maternos. (Matriarcado). La costumbre de considerar á las prisioneras de guerra como propiedad individual del vencedor, con exclusión de las demás, fué el principio del régimen patriarcal, en que el hombre era dueño de una ó varias mujeres y de los hijos que de ellas tenía; á este régimen está íntimamente ligado el derecho de propiedad (Morgan; Giraud-Teulon).

Con el patriarcal, tomó una forma más fija la religión, que á su vez influyó en la consolidación de la familia y de la propiedad. El primer culto del hombre fué el de los antepasados. La idea de que el alma, la sombra, permanecía junto al cuerpo, dió origen á los ritos fúnebres, á la formación del sepulcro, que fué el primer altar. Los manes eran dioses subterráneos; entre los romanos se llamaban también *lares*. El símbolo del *dios lar*, del dios doméstico, era el fuego. La llama se mantenía perpetuamente en el hogar, y el fuego era preferido en las adoraciones. Mientras los elementos de la naturaleza fueron posteriormente adorados bajo los mitos de Zeus, de Júpiter, de Phtah, de Asarté, la adoración del fuego, del *agni* de los vedas, sus beneficios, su influencia en la seguridad y el placer humano, elevaban las inteligencias de los pueblos védicos á la concepción de una providencia universal, simbolizada por el fuego del sol, que es fuego del cielo que comunica al universo la luz y el calor, es

decir, la vida. Este padre de la creación, se convirtió, por un procedimiento generalizador de la inteligencia, en la causa primera. Ella es la glorificada en este himno de los Vedas: (*Rig-Veda. X-121*)

«En el principio, elevóse el niño, radiante como el oro. Él era el solo dueño nacido de todo cuanto existe. Él afirmó el cielo y la tierra. ¿A qué Dios ofreceremos nuestro sacrificio?»

«El que da la vida; El que da la fuerza; Aquel, cuyos mandatos son reverenciados por todos los dioses brillantes, cuya sombra es la inmortalidad, cuya sombra es la muerte.

«El que por su potencia es el solo Rey del mundo, que respira y se despierta, que lo gobierna todo, hombres y bestias.

«Aquel, cuya grandeza proclaman las nevadas montañas, la mar y el lejano río.

«Aquel, á quien pertenecen esas regiones, como si fueran sus dos brazos.

«Aquel, por quien es hecho fulgurante el cielo y sólida la tierra. Aquel, que ha dado firmeza al cielo, al más alto de los cielos; El que ha medido la luz en el aire.

«Aquel á quien el cielo y la tierra, consolidados por su voluntad, adoran con estremecimiento interior. Aquel, sobre el cual resplandece el sol levante.

«Del lugar donde han ido las grandes nubes preñadas de lluvia, del lugar en que la simiente fué depositada y encendido el fuego, de ahí se ha levantado. El que solo es la vida de todos los dioses.

«El que por su poder ha mirado por sobre las nubes hinchadas de lluvia. El que es Dios sobre todos los dioses.

«Que no seamos destruidos por Él; El, que creó la tierra; El, el justo, que creó el cielo; que creó también las aguas fulgurosas y potentes. ¿A qué Dios ofreceremos nuestro sacrificio?»

Este himno magnífico, que nosotros vemos aparecer en el crepúsculo de la humanidad, no se debe al hombre pri-

mitivo. Entre ese cántico y el primer grito de placer, lanzado en presencia del fuego, hay algunos millares de años de historia que no será conocida jamás.

PRE-HISTORIA.—Haciendo á un lado las leyendas y las cronologías fantásticas, los datos históricos auténticos no nos hablan de hechos que remonten á más de 7,000 años. El hombre anterior á esa época, bien reciente si se compara con la edad prodigiosa de las otras especies, ha dejado vestigios de dos órdenes: unos intelectuales, digámoslo así, en las lenguas primitivas, y otros, materiales, en las estratificaciones geológicas del globo. Los primeros, estudiados por la filología, nos revelan el estado de algunas fracciones importantes de la humanidad en un tiempo anterior á las grandes migraciones que partieron del Asia Central, los segundos nos llevan á mucho más allá, nos hacen salvar los dinteles del cielo geológico actual, y nos obligan á penetrar en la oscura arqueología de la época cuaternaria. Vamos á indicar los grandes resultados de la ciencia en esta doble investigación.

Se han encontrado huellas del hombre fósil en el período mioceno, es decir, en el segundo período de la época terciaria. Estos descubrimientos aun no están bien discutidos, y por ello nos contentamos con consignar el hecho, mientras habla el porvenir. Gracias á los valientes trabajos de una brillante legión de geólogos, del ilustre Boucher de Perthes, sobre todo, puede asegurarse que el hombre vivió en la época cuaternaria, que presencié el lento advenimiento del período en que los hielos invadieron las regiones, en que se desarrolla hoy la civilización, y al cual, gracias al fuego, estaba destinado á sobrevivir.

Si el hombre había aparecido ya en la mitad de la época terciaria, su edad

es inmensa: basta considerar que cada uno de los períodos terciarios es por sí solo mayor que todo el ciclo cuaternario. Pero, como ya hemos dicho en un párrafo anterior, aun teniéndolo como hijo, de esta última época, no hay proporción entre su larguísima edad prehistórica y la muy breve que los anales de la civilización nos enseñan.

El hombre cuaternario solo ha podido ser bien estudiado en la Europa central y occidental (1). Perteneció á dos tipos y á tres razas distintas. Una explicación previa: el estudio de los cráneos fósiles ha conducido á los sábios á adoptar dos grandes divisiones, que son los dos tipos á que nos hemos referido: el tipo *dolicocéfalo* y el *braquicéfalo*. Cuando en la sección horizontal de un cráneo (exáminese la entrada de un sombrero) resulta ser mucho mayor el diámetro longitudinal que el transversal, el cráneo es *dolicocéfalo*; cuando la diferencia entre los dos diámetros es muy pequeña, el cráneo es redondo y *braquicéfalo*. Las razas autoras de la civilización moderna, pertenecen en su mayoría á este segundo tipo.

La raza primera de los hombres cuaternarios de que hay vestigios, es la de las *dolicocéfalos* de Canstadt, llamada así del nombre del lugar en que fué hallado su primer vestigio, en las cercanías de Stugttard (Wurtemberg) El cráneo excesivamente largo, la frente deprimida y oblicua, los arcos superciliarios abultadísimos, el diámetro vertical del cráneo muy pequeño, por la falta casi completa de bóveda superior, las mandíbulas salientes y bestiales, la barba casi nula y el cuerpo pequeño, son sus signos distintivos. Destinado, en la primera fase de la evolución social, á luchar con sus feroces compañeros y

á disputar la presa al mamouth, al oso y al rinoceronte, sus facultades intelectuales yacían en el estado rudimentario, atrofiadas por la preponderancia de las aptitudes animales que espoleaban las exigencias brutales del medio en que se desarrollaba. La cuenca del Rin, la Bélgica, la Alsacia, la Francia central, el Wurtemberg, la Toscana y la España, en el extremo Sur de su litoral, fueron poblados por esta raza.

Hacia la mitad de la época cuaternaria, estas tribus van desapareciendo, dominadas, en la lucha por la vida, por otra raza de *dolicocéfalos* que les sucede y las destruye. Los sábios la llaman la raza de Cro-Magnon. (2). En estos hombres el cráneo es tan largo como en los de Canstadt; pero la frente no huye, sino que sube alta y recta hasta el bregma, la bóveda superior del cráneo es perfectamente curva, la mandíbula superior casi es saliente, la talla es elevada y el volúmen cerebral igual ó mayor que el de las razas civilizadas actuales. Debieron ser muy inteligentes y así lo demuestran sus obras; sus instrumentos de caza son bien ejecutados y el sentimiento estético llega en ellos hasta la invención de la escultura y del grabado. Esta raza habitó la Italia meridional, la Francia y la Bélgica; pero fué su estación principal la región comprendida entre el Périgord y los Pirineos. El reñífero poblaba de innumerables manadas vagabundas las heladas comarcas de la Europa central y la suerte de la raza de Cro-Magnon estaba ligada á la de este gracioso cuadrúpedo. Su carne la alimentaba, sus huesos eran la sustancia necesaria á sus artes y á su industria, y las capas geológicas de aquella segunda mitad del ciclo cuaternario nos revelan á veces las huellas de uno de aquellos

2 Nombre de una gruta en que fueron descubiertos sus primeros restos fósiles, en la Dordogne (Francia 1868.)

(1). Seguimos al eminente profesor Brocca: *Las razas fósiles de la Europa Occidental*.

dramas de caza en que el ágil viajero de los hielos debió hacer el papel de protagonista. Comenzó por fin la retirada secular de los hielos, el clima se suavizaba cada día mas, y el hombre de Cro-Magnon seguía ansioso la emigración de los reñíferos; cuando estos desaparecieron de la Europa central, la raza estaba ya en plena decadencia. Sin embargo, su agonía fué muy lenta, y algunas tribus á ella pertenecientes alcanzaron la edad de la piedra pulida.

Antes de emigrar el reñífero, había aparecido en la Europa occidental la raza de Fürfooz, (Bélgica, 1866) que es la tercera de las razas fósiles. Esta raza solo llegó á un grado de adelanto en extremo inferior al de la precedente. Su talla era muy pequeña, casi como la de los lapones; la conformación de sus miembros igual á la del europeo actual, su frente deprimida, su nariz ancha y corta, y sus aptitudes intelectuales bien limitadas. Pero su carácter distintivo fué la redondez del cráneo; era una raza braquicéfala aunque no había llegado el tipo en ella á su completo desarrollo. Sus sílex mal tallados han demostrado la inferioridad de su industria comparándola con la de los hombres de Cro-Magnon, aunque estos no conocían, como los de Fürfooz, el uso y la fabricación de los vasos de barro. Esta raza invadió las regiones belgas hacia el fin de la edad del reñífero. Al mismo tiempo que ella, habitaba en las orillas del Danubio (Hungria) una raza de verdaderos braquicéfalos, de alta talla y que pertenecen ya á la edad de la piedra pulida. Algunas de sus tribus penetraron hasta el corazón de Francia y se mezclaron en Solutré con los últimos representantes de la raza de Cro-Magnon.

La época de la piedra pulida se caracteriza por los adelantos en la industria, por la domesticación de animales,

como el perro, por la creación de vastas necrópolis. Desde entonces el hombre de Europa pobló los litorales; partió de los bordes del Báltico en los países escandinavos, y bajó por la cuenca de los grandes ríos á los países mediterráneos. A esta época pertenecen quizá las primeras cabañas de pescadores, construidas sobre estacas, en los lagos suizos, que han sido descubiertas recientemente en el fondo de las aguas, y que demuestran ciertos progresos en la vida doméstica y social. La pesca y la caza eran la ocupación habitual de los hombres de esta edad. Los primeros ensayos de navegación tuvieron entonces lugar, ó al menos de entonces datan sus más remotos vestigios. Uno de los Burnouf, analizando los utensilios domésticos encontrados por el Dr. Schliemann en Troya, ha propuesto crear otra edad: la de la alfarería, anterior á la del bronce. Hace muy poco tiempo que los más competentes italianistas, entre ellos el ilustre Mommsen, afirmaban que el hombre no había dejado en Italia vestigio alguno anterior á la época de los metales; también esta aserción ha venido por tierra, y novísimas excavaciones prueban que el hombre de la piedra pulida y de la alfarería, penetró hasta en las regiones meridionales de la península.

Mucho más reciente es la *Edad del bronce*.

El deshielo, origen de las tradiciones sobre el diluvio en Europa, se había verificado; las neveras habían retrocedido á las cimas alpestres entonces grandes fracciones de la especie humana dejaron de habitar en las cavernas, y anchos campos, abrigados por un clima suave, provocaron el desarrollo de la vida pastoral. El hombre de la edad de bronce, fué, sin embargo, eminentemente guerrero, y la fundición de los metales causó tan profunda revolución

en los hábitos sociales, que de entónces datan las primeras ciudades en los lagos suizos, y con ellas la verdadera civilización.

En otra parte hemos dicho cómo del culto de los muertos nació una gran evolución religiosa y social, y la edad de bronce nos lleva á la aurora de este gran movimiento. La fabricación del vidrio, la invención de los tejidos, nos indican no solo la surrección del sentimiento de lo bello, sino también, con los primeros albores de la vida industrial, el principio de la emancipación de la mujer; porque ley segura es la historia, que toda vez que el adelanto industrial ha dado un paso hácia su independencia de las castas guerreras, el puesto de la mujer en la familia ha ganado en dignidad. El hombre de la época de bronce, no solo ha dejado sus huellas en el viejo continente, sino también en el nuevo, en el Brasil.

Después de la edad de bronce, sigue la del hierro, prolongándose desde los tiempos heroicos de algunos pueblos hasta nuestros días. Con la anterior acaba la pre-historia y la historia empieza. La edad de hierro y las que le preceden hasta la de la piedra pulida denuncian para el observador la verificación de un fenómeno constante, común á la sociedad humana y á los grupos animales, y que se rige por las mismas leyes. Nos referimos á las "migraciones," palabra tomada de la Historia Natural, que comprende á un tiempo la emigración y la inmigración.

Las migraciones están regidas por estas leyes: Toda especie animal ó vegetal tiende á trasponer los límites estrechos del lugar de su origen, de su centro de creación, ó mejor dicho, de su patria primitiva. A medida que es más enérgica la multiplicación de la especie, ménos puede bastar á su sustento el lugar de su nacimiento. La lucha por la existencia es tanto más encarnizada, cuanto mayor es la población excedente: de aquí la emigración. Las emigraciones son comunes á todos los organismos, y aún la verdadera causa de la gran extensión de las diversas familias orgánicas en la superficie del globo. Plantas y animales dejan su patria originaria cuando está demasiado pobla-

da, como los hombres se van fuera de los Estados henchidos de población.

Algunos sábios suponen, no sin fundamento, (Huxley), que en el Mar Indico existía un continente, sumergido hoy, y que unía el litoral oriental del Africa al Indostan, la Indo China y las islas adyacentes, extendiéndose hácia el Sur hasta el trópico de Capricornio. Del nombre de ciertos simios de un orden inferior, se le ha denominado *Le-muria*; de él partieron las grandes migraciones. Las razas de cabellos lanosos, cuya sección es elíptica, conocidas con el nombre de *ulótricas* poblaron una parte de las islas oceánicas y el Africa, exceptuando en la parte setentrional. Las de cabellos lisos, de sección circular, poblaron el resto del mundo. Las principales de estas razas son las *mediterráneas* (semitas, caucásicos, indo-europeos) las *mongólicas*, á quienes por una parte pertenecen los coreo-japoneses, los indo-chinos y los chinos, y las *uralo-altaicas*, llamadas por algunos *turánicas*, y que se subdividen en uralenses, (samoideos, finenses y magyares (húngaros), y altaicos, (tongueses, kalmukos, tártaros, esquimales y quizá americanos). Autores novísimos pretenden que el tronco principal de la familia de cabellos lácios es la gran raza promalaya, de la que todos los grupos humanos descienden, con excepción de los australianos, los papús, los hotentotes, los negros y los cafres.

Las migraciones mejor estudiadas y sobre las que abundan datos más seguros, son las de los camo-semitas y las de los indo-europeos.

Como hemos de ocuparnos en la historia de la antigüedad, del origen de cada pueblo, para entónces dejamos la tarea de puntualizar más la marcha de estas migraciones.

EL ORIENTE

La escritura en Oriente.—Hé aquí algunas nociones, que juzgamos importantes, sobre la formación de las escrituras en que están redactados los documentos más preciosos referentes á la remota historia de los pueblos orientales. La escritura es, ó *ideográfica* (pintura de las ideas) ó *fonográfica* (pintura de los sonidos). La primera es ó directa, cuando se representa directamente un objeto, como si para escribir *sol* se pintara un sol, ó simbólica, si se reproduce un objeto ó una figura convenida para representar una idea abstracta, como cuando se pinta un disco solar para expresar el día, el cual es un simbolismo simple. ó como cuando se pinta una media luna y una estrella para representar el mes (así escribían *mes* los egipcios.) La segunda, la fonográfica ó fonética, re presenta los sonidos con sílabas ó con caracteres alfabéticos. Evidentemente el hombre empezó á escribir ideográficamente; poco á poco, el sonido de la palabra que la vista del signo traía á la memoria, fué reemplazando al significado primitivo; entónces cada figura fué un sonido que, agrupado á otros, permitió dar mayor perfección al discurso. Así, para valernos de un ejemplo vulgar, el signo del

sol recuerda este sonido *sol*; un dado, representación del objeto llamado así, recuerda las dos sílabas de que la palabra *dado* se forma; agrupándolas, tenemos *soldado*, y esta clase de fonetismo (que los franceses llaman *rébus*), es idéntico á los primeros ensayos practicados por el hombre para escribir sonidos. La escritura egipcia contiene una parte de ideografía y otra de fonetismo, y éste es silábico y alfabético al mismo tiempo.

Los hieroglifos, cuya clave descubrió Champollion, no se empleaban sino en los monumentos públicos ó privados: para los usos ordinarios de la vida y para la propagación de las obras literarias, se empleaba una escritura cursiva, derivada de los hieroglifos, llamada *hierática* (sacerdotal) por los modernos. Mientras que los hieroglifos se escribían indiferentemente de derecha á izquierda ó de izquierda á derecha, la escritura hierática se escribía siempre de derecha á izquierda. En la lejanísima época de la XI dinastía se usaba ya la escritura sacerdotal, como lo atestigua el *Papiro Prisse*, reputado como el más antiguo de todos los libros. Entre la XXI y la XXV dinastía, el sistema hierático se simplificó para

la comodidad de las transacciones comerciales. Los caracteres se abreviaron, disminuyeron de número y de volumen, y formaron una tercera especie de escritura, la *demótica* (popular) empleada en los contratos desde los tiempos de Shabak y de Tahraqa. Esta escritura es muy difícil de descifrar por sus complicadas abreviaturas.

El alfabeto.—M. de Rougé ha demostrado de un modo concluyente, que en tiempo de la invasión cananea en Egipto, los fenicios escogieron, entre las formas de la escritura cursiva, cierto número de caracteres correspondientes á las articulaciones fundamentales de su lengua. En las veintidos letras del alfabeto fenicio, hay quince cuyo prototipo egipcio se reconoce fácilmente, y las otras, aunque no de un modo tan claro, recuerdan también los signos hieráticos. Este alfabeto, que se usó primero en el país de Canaan, fué modificándose y formó sucesivamente los alfabetos arameos, palmireos y hebreos.—Los fenicios lo llevaron adonde quiera que sus necesidades mercantiles los empujaban, y puede afirmarse que todos los alfabetos del mundo conocido, desde la India hasta España, provienen de él.

Los egipcios conocieron los caracteres alfabéticos, pero sin poderlos desprender de los ideogramas y las sílabas; los asirios, en su empleo del fonetismo, sólo conocieron la escritura silábica. Los más antiguos ejemplos de

la escritura silábica provienen de la Caldea: los primeros habitantes de esa región transmitieron esa escritura á los asirios y caldeos; sus diferentes sistemas están formados por las combinaciones de un signo horizontal, vertical, ó quebrado como un gancho. Este signo tiene la forma de un clavo ó cuña, de donde toma el nombre de *cuneiforme*, que se da á las escrituras en que entra como elemento principal. El primero que descifró formalmente esta escritura fué Grotefend en 1802. Gracias á sus trabajos y á los de sus sucesores, un mundo nuevo de lenguas y de pueblos desconocidos, treinta siglos de historia, vienen á la luz.

La escritura cuneiforme, que proviene evidentemente de antiguos hieroglíficos, fué usada en la Caldea, en la Media, en la Susiana y en el Urartí. En ella se expresaron las lenguas llamadas turánicas, la semítica de los asirios y babilonios, y en el siglo VI a. J. C., la iránica, hablada por los medas y los persas y que está íntimamente emparentada con las lenguas indo-europeas. Entonces la escritura cuneiforme empezó á ser alfabética; los documentos que en ella nos han quedado escritos son los más fáciles de descifrar, según los asiriólogos.

(En las noticias anteriores hemos seguido y reproducido frecuentemente el estudio del sabio egiptólogo Maspero titulado: *Las escrituras del mundo oriental.*)

LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA HISTORIA

EGIPTO

Los documentos del Egipto son anteriores á los de la India y de la Persia.

E. Burnouf.

Documentos históricos.—(V. Max Duncker. Historia de la antigüedad, vol. I.) La Biblia coloca en el Egipto una sociedad perfectamente organizada hacia el siglo XVIII antes de Jesucristo. De las ciudades egipcias, de sus hermosas campiñas y del río *Ægyptus*, hablan las poesías homéricas, cuyo ciclo se cierra hacia el siglo IX antes de Jesucristo. (Iliada, IX. Odisea, IV, XIV, XVII). A Herodoto, que visitó el Egipto á mediados del siglo V, demostraron los sacerdotes la existencia, desde Mena hasta Sethos, de 341 generaciones de reyes, durante 17000 años, después de 15000 del reinado de los dioses (Herodoto, II, 99). El historiador redujo estas cifras, colocando, sin embargo, el reinado de Mena, más de 12000 años antes de J. C.; Diódoro estuvo en Egipto cuatro siglos después, y el más bajo de sus cálculos, con frecuencia contradictorios, hace ascender el reinado de Mena á los años de 4800

antes de J. C. De los datos que se atribuyen á Erathóstenes, es imposible deducir la época del reinado de Mena. La obra del escriba *Man-thot* ó Maneton no ha llegado hasta nosotros; de los fragmentos de su lista de reyes, extractada por Africano, se deduce que Mena vivió en 5702 antes de Jesucristo (V. Max. Duncker I, 2). El papiro de Turin, escrito el siglo XV antes de Jesucristo, no está conforme del todo con las series de los reyes de Maneton.

Los bajo-relieves de Abydos y de Karnak, que datan de los reinados de Ramesou II, (Sesostris) y de Tahoutmes III, se contradicen entre sí y difieren algo de las listas de Maneton. Los críticos modernos, entre los que algunos, como Lepsius y Bunsen, tampoco están de acuerdo en las fechas de los diversos reinados, han procedido de otra manera para acercarse á la verdad.

Los monumentos egipcios, los más gran-